

Santa Escritura, el espíritu de la Iglesia y las obras de los Padres, reducido todo á método y colocado bajo la forma de una ciencia.

En cuanto á la retórica ó reglas de oratoria dirémos que como ellas, segun hemos advertido ya, están fundadas en la naturaleza de las cosas, el predicador debe tener á lo ménos aquellas nociones generales que ya quedan expuestas en esta obra: de ellas, unas miran á las composiciones literarias en general y otras á las composiciones oratorias en todos sus géneros. Esta clase de nociones son hasta cierto punto indispensables, á lo ménos para que las composiciones oratorias del púlpito no solo enseñen la sana doctrina y muevan á la reforma de las costumbres, sino para que tengan tambien aquella perfeccion extrínseca del arte, el cual léjos de ser indigno del predicador, ha sido consagrado, por explicarnos así, por el genio sublime de los santos padres y ennoblecido por las obras maestras de los insignes oradores del cristianismo.

Sin embargo, en esta clase de estudios el predicador debe preferir aquella parte que concierne ménos á las reglas de la oratoria que al genio propio de la elocuencia sagrada. No le aconsejariamos, por lo mismo, que diese la preferencia de su atencion á las retóricas comunes; pues por mucho que enseñen los mas hábiles maestros del arte, nada será esto comparado con la instruccion que proporcionan esos sábios que, en lugar de escribir una retórica para tratar de todos sus géneros, dándole cuando mucho un pequeño lugar á la oratoria sagrada, escriben expreso de ésta, concretando en ella todas las reglas del arte. En lugar pues de Blair, Bateux, Leclerc, Lefranc, Girard, Hermosilla, &c. &c., creemos que los predicadores adelantarian mas leyendo á San Francisco de Sales, San Francisco Javier, el Padre Aquaviva, Benedicto XIV, Frai Luis de Granada y otros autores semejantes. Pero si se quiere una lectura escogida y suficiente, nosotros aconsejariamos á los predicadores la de las siguientes obras: para los Párrocos, "el Buen cura en el siglo XIX por Diullin," los "Deberes de los Pastores por Collet;" y á todos, la obra de Morel titulada: "Le predicateur," la de Maury titulada: "Essai sur l'éloquence de la chaire;" la de Audizio, "Lezioni di sacra eloquenza," obra que no ha mucho tiempo tradujo mui bien al francés el Abate Martigny; la del sabio Hamon titulada: "Traité de la predication á l'usage des Séminaires; y al Abate Nadal en su sabio y completo "Dictionnaire d'éloquence sacré."

Estas obras por sí solas componen una preciosa biblioteca

para el predicador, y entre ellas la del Padre Audizio y la de Hamon, cada una de por sí nada dejan que apetecer. Réstanos tan solo citar un libro precioso sobre toda ponderacion, libro tal, que debia ser el *vade-mecum* de los predicadores, obra del trabajo piadosísimo y eminentemente crítico del Padre Baudry: tiene por título: "Guía de los que anuncian la palabra de Dios," y es un bello cuanto edificante repertorio de la doctrina de San Francisco de Sales, la de la Compañía de Jesus, de Benedicto XIV y San Vicente de Paul. Este libro pequenísimó en su volúmen, pero mui grande en su comprension, fácil aun de tenerse en la memoria, bastaria solo, segun creemos para hacer un predicador consumado en la sustancia misma, en la esencia de la predicacion, en lo que tiende á esparcir el fruto de la palabra divina por todos los pueblos de la tierra.

#### ARTICULO QUINTO.

DE LAS FORMAS QUE ADMITE LA PREDICACION.

La predicacion, hablando en general, abraza todas aquellas obras que tienden á persuadir la verdad, la lei y la santidad. Estas obras son todas aquellas en que aparece la palabra de Dios hablando á los hombres. Predica el ministro evangélico en el púlpito, predica en el confesonario, predica en sus conversaciones piadosas, predica en sus enseñanzas catéquísticas, predica en los saludables consejos que dá, en los libros que escribe, en sus cartas, &c., &c.: donde hai palabra de Dios edificando con la doctrina y persuasion, allí hai una predicacion cristiana. Nacen de aqui esos diferentes géneros de elocuencia que enumeran los críticos: la elocuencia didáctica, la elocuencia epistolar y la elocuencia oratoria.

La elocuencia didáctica es la de los libros; la epistolar, la de las cartas religiosas y morales; la oratoria, la de las oraciones y discursos.

Sobre la didáctica nada tenemos que añadir á lo que dejamos dicho en los artículos tercero y quinto del libro primero de esta seccion; pues, salvas las diferencias de la naturaleza, la forma está sujeta á las mismas reglas.

En cuanto á la epistolar, debe reinar en ella la claridad, rapidez, concision, brevedad, facilidad, naturalidad y familiaridad propias de una carta en los términos que dejamos



dicho en su lugar; y la nobleza, dignidad, unción, &c., propias del que se sirve de la palabra de Dios, se inspira de la virtud y piensa en la santidad.

Contrayéndonos pues á las formas oratorias, diremos: primero, que los discursos del predicador tienen siempre un objeto, el de persuadir, y están sujetos á la economía de exordio, proposición, confirmación y epílogo; segundo, que debe acomodar sus pensamientos, su palabra y su estilo todo á la inteligencia, al carácter y á las circunstancias morales de su auditorio; tercero, que debe acomodar de tal suerte su discurso al objeto, que en lo doctrinal enseñe, en lo dogmático convenza é ilustre, y en lo moral persuada y mueva; cuarto, que entre las necesidades del auditorio elija siempre las mas imperiosas, para que sirvan de blanco á su pensamiento y hagan provechosa su predicación; quinto, que le dé una extensión bien proporcionada á su objeto; porque un discurso muy largo abruma y esteriliza, un discurso excesivamente lacónico poco adelanta en la enseñanza y casi nada en la persuasión; sexto, que elija un asunto propio de un sermón y no de un libro, esto es, que pueda cómodamente tratarse en un discurso oratorio, porque de otra suerte el predicador será vago, incompleto ó estérilmente prolijo; sétimo, que el asunto esté bien circunscrito, y no consista en alguna de esas generalidades que todos conocen y á nadie tocan; octavo, que haga su predicación interesante relacionando bien, así el asunto como su desarrollo con los intereses mas íntimos de su auditorio; noveno, que guarde una prudente sobriedad entre la extrema concisión y el excesivo desarrollo; décimo que procure realzar el interés intrínseco de su asunto con las bellezas propias del estilo; pero prefiriendo á todo la claridad, naturalidad y sencillez por una parte, y la magestad y unción por otra. "El púlpito, dice Gómez Hermosilla citando á Blair, requiere mucha dignidad y nobleza en el estilo; y en él son intolerables expresiones débiles y modos de hablar bajos ó vulgares; pero esta elevación en el lenguaje es muy compatible con la claridad y sencillez. Las palabras pueden y deben ser usuales, para que todo el mundo las entienda; sin embargo, es menester que el estilo no decaiga. Ha de ser sí claro y sencillo, pero al mismo tiempo enérgico, vivo y animado. El lenguaje de la Escritura, empleado con oportunidad, es el que da á los sermones magestad, nobleza y energía, ya sea que se citen directamente algunos textos, ya sea que se hagan felices alusiones á hechos históricos y pasajes de los libros santos. Estos abundan en expresiones figuradas las mas valientes y

animadas, y así su lenguaje usado con tino y discernimiento da al estilo grandiosidad, nervio, y cierto aire de inspiración; pero es menester mucho juicio para manejarle; porque hai tambien, sobre todo en los libros poéticos, ciertos hebraísmos que no se pueden conservar en castellano, y ciertas hipérbolos extraordinarias y metáforas atrevidísimas que nosotros no debemos emplear. El fuego de que se supone inflamado al predicador y la importancia de las materias de que habla, justifican hasta cierto punto, y aun exigen, expresiones ardientes y animadas, y hacen á veces muy naturales las personificaciones, las metáforas, las exclamaciones y todas las formas propias del lenguaje de las pasiones; pero ha de ser cuando el asunto las esté como pidiendo, y cuando deba parecer que el orador está fuertemente agitado y conmovido. Otro encargo muy importante acerca del estilo hace Blair á los predicadores, y es que no imiten servilmente el modo de predicar y la *manera* de este ó aquel orador determinado, ni tomen por modelo ninguno de los estilos que alternativamente son de moda, porque este es un torrente que se hincha por la noche y á la mañana está ya seco."

Para dar á la predicación todos estos requisitos, los maestros del arte han reducido á un sistema de reglas una multitud de observaciones hijas de la experiencia. Entre estas unas miran á la forma general de un discurso sagrado, y otras á los géneros diversos. Limitándonos pues á las primeras, pues que reservamos el artículo siguiente para las últimas, diremos algo, no sobre todos los puntos, sino únicamente acerca de lo principal. Para reducir á método estas observaciones, conviene advertir que el que compone un discurso, ha menester, á mas de la preparación remota que tiene el predicador con solo reunir las condiciones ó cualidades de que hablamos en su lugar, y los estudios que presupone su ministerio, una preparación próxima, una atención previa sobre lo que ha de verificar. Hecha esta preparación, debe proceder á formar el plan de su discurso. Concebido el plan, debe relacionarle bien con el texto, y comenzar su desarrollo por un exordio bien aplicado y una exposición bien hecha. En consecuencia, necesita de propagar su pensamiento en el sentido de la prueba, embellecerle en el sentido de la forma, y sensibilizarle, digámoslo así, en el de la persuasión. Finalmente, una vez escogido el asunto, concebido el plan, elegido el texto, iniciado propiamente, y desarrollada la proposición, el orador debe concluir de la manera mas á propósito para que el efecto de su



discurso sea lo mas perfecto posible. Hablarémos pues en el presente capitulo: primero, del modo con que debe prepararse el orador para sus composiciones; segundo, de la eleccion del asunto; tercero, de la concepcion del plan y aplicacion de texto; cuarto, de la progresion del plan en el sentido de la idea; quinto, de la progresion del plan en el sentido del estilo; sexto, de la progresion del plan en el sentido de la mocion; sétimo, de la progresion del plan en cuanto á la economía artística de la composicion.

### CAPÍTULO PRIMERO.

DEL MODO CON QUE DEBE PREPARARSE EL ORADOR PARA SUS COMPOSICIONES.

No basta tener buenos conocimientos, ser enviado y poseer talentos oratorios para desempeñar dignamente un ministerio tan santo en cada uno de los casos ocurrentes; es necesario que el orador, en vista del caso que se le ofrezca, se detenga un tanto á fin de proporcionar á él sus conocimientos y sus talentos. Esta actuacion particular de un predicador para cada uno de sus discursos es lo que se llama preparacion próxima. Cierto es que algunas veces el sumo recargo de trabajo, la falta de tiempo, la escasez de cooperadores y las necesidades del pueblo fiel no permiten al ministro de la palabra esta preparacion tan indispensable; y él entónces colocado en la triste pero inevitable alternativa de no decir nada ó decir como de improviso, se decide por su mision, por su deber, por su zelo en el segundo sentido, queriendo mas bien hablar sin preparacion, que privar á los pueblos del pasto espiritual de la predicacion católica. En este caso su conducta es digna no solamente de excusa, sino de alabanza, y la falta de preparacion, que no consiste en él, será ventajosamente reemplazada con la abundancia copiosísima de gracias que Dios ofrece comunicar al zelo apostólico de sus ministros. Pero fuera de los casos de una verdadera necesidad, es en alto grado reprehensible la falta de preparacion inmediata en el predicador.

En efecto, varias razones concurren á demostrar la necesidad suma que el predicador tiene de prepararse: porque esta omision importa una irreverencia para con la palabra divina, compromete el Santo ministerio, priva de su magestad al ejercicio de la mision apostólica, infliere cierta especie de ofensa al auditorio; y por último, atrae sobre el pre-

dicador mismo el anatema divino pronunciado contra los que son negligentes en el ejercicio de su ministerio. ¿Porqué lo primero? Porque prescindir de la preparacion es colocar la palabra de Dios en el rango de los objetos mas fáciles, mas triviales y ménos importantes que ocupan al hombre. ¿Porqué lo segundo? Porque en estas improvisaciones corren mucho peligro la delicadeza del dogma, la santa aplicacion de la moral, el buen éxito de una predicacion perfectamente adecuada al carácter y á las necesidades diversas del auditorio. ¿Porqué lo tercero? Porque en un predicador que improvisa, aparecen de inferior condicion Dios y el Evangelio, que en un embajador su soberano y sus negocios. Este todo lo piensa, todo lo calcula, todo procura preverlo: toma todos sus informes, acecha las coyunturas, espía las oportunidades, estudia las circunstancias y se va con mucho tiento para no perderlo todo por alguna indiscrecion ó cualquiera otra falta. Aquel al contrario, prescindiendo de toda preparacion, parece que ni respeta al Dios que le envia, ni da la mayor importancia al grande asunto para que ha sido enviado. ¿Porqué lo cuarto? Porque el auditorio tiene derecho á la mejor predicacion que pueda darle su respectivo ministro; derecho que nace de la institucion misma, hecha, como se ha visto ya, en favor de todo el género humano: este derecho le ha concedido Dios, fijando la obligacion en el sacerdote. Ir pues de improviso, pudiendo ir preparado, es defraudar al auditorio de los bienes que de otra suerte reportaría. ¿Porqué lo quinto? Porque el Espíritu Santo dijo por la boca de Jeremias: "Maldito aquel que hace negligentemente la obra de Dios."

Conclúyese de lo dicho, que el sacerdote debe prepararse con la debida anticipacion, á fin de escoger el asunto mas oportuno, mas propio y adecuado para la edificacion de los fieles, y en consecuencia, está en el caso de privarse durante su preparacion de todo pasatiempo, distraccion, &c. que sirva de obstáculo al cumplimiento de este deber.

Establecida la necesidad de la preparacion, debemos tratar de las diferentes maneras con que puede verificarse. Estas regularmente son seis: primera, escribir, aprender y recitar íntegramente el sermón; segunda, escribirlo y estudiarlo todo sustancialmente sin fijarse en las palabras; tercera, escribir sumariamente todo reservándose únicamente la explanacion; cuarta, limitarse á formar el esqueleto, que contiene el plan, la proposicion, la division, la indicacion de las principales pruebas; quinta, no escribir, sino solo reflexionar un poco ántes de hablar. Sobre estos puntos no pueden